

crítico de las condiciones históricas y sociales de América Latina, y su lectura es recomendable para identificar el contexto en que emerge la realidad capitalista actual y, sobre todo, la latinoamericana. Por todo lo anterior, vale entonces la pena revisar esta obra para poder adquirir una visión más clara sobre los retos que enfrentan las naciones latinoamericanas en la actualidad.

Rina Mussali Galante

Leonore Davidoff y Catherine Hall, *Fortunas familiares. Hombres y mujeres de la clase media inglesa. 1780-1850*, trad. Pepa Linares, Ediciones Cátedra/Universitat de València/Instituto de la Mujer, Madrid, 1994, 358 pp. (Colección Feminismo).

El estudio y la reconstrucción de la vida cotidiana llama cada vez más la atención de los estudiosos en la actualidad, y abreva de la corriente francesa de la historia cultural de lo social. Nada más interesante que penetrar en ese mundo de las relaciones que se establecieron cotidianamente entre los hombres y las mujeres para comprender cómo se han desarrollado las negociaciones entre unos y otras y cómo han cambiado las costumbres a través del tiempo; ello permite, a fin de cuentas, analizar el papel que el género ha jugado en la constitución de la identidad de los sujetos. De esta manera es posible comprender por qué el género es una categoría histórica que se transforma a través del tiempo de acuer-

do con las necesidades económicas, políticas y sociales de cada sociedad.

Fortunas familiares es un libro que busca explicar estas cuestiones desde la historia al estudiar, en un tiempo largo, los cambios y permanencias en las actitudes hacia las mujeres de clase media de la provincia inglesa. Leonore Davidoff y Catherine Hall se abocan a la tarea de retratar una clase en ascenso económico que, para afianzarse como “pilar de la nación”, tiene que transformar los valores sociales en el interior de la familia; al mismo tiempo analizan la función que desempeñan las mujeres que hacia el exterior tienen que adoptar una imagen acorde con sus creencias religiosas y con sus nuevos valores morales. De ahí que el ideal doméstico se convierta en la base de la actividad económica y de la vida cristiana.

Cabe hacer notar que esta traducción no contempla la investigación original, publicada en inglés en 1987, donde aparece el retrato completo de las familias de clase media a las que estudiaron, sino que se presenta la argumentación principal, una introducción escrita exprofeso para la edición española y sólo algunos estudios de caso.

La investigación se apoya en la consulta de diarios, cartas, documentos familiares y mercantiles, libros de cuentas, censos, registros matrimoniales, testamentos periódicos, crónicas locales, aunque no se citan en esa versión. Uno de los capítulos, escrito por Catherine Hall e intitulado “Sweet home”, aparece en la *Historia de la vida privada*.¹

¹ Catherine Hall, “Sweet home”, en Philippe Ariés y George Duby, *Historia de la vida privada*.

El objetivo de este texto —explican sus autoras— reside en estudiar la ideología, costumbres e instituciones de la clase media inglesa, desde fines del siglo XVIII hasta mediados del XIX, en las provincias inglesas más afectadas por la implantación de la economía de mercado, específicamente los condados de Essex y Suffolk.

Se ocupan tanto de los hombres como de las mujeres, subrayando el papel que ambos desempeñaban en la unidad doméstica con el fin de ir develando las diferencias de género en un periodo de transformaciones económicas, políticas y sociales. Hacen hincapié en la dicotomía entre mundo público y mundo privado que se impone en esos momentos y que posteriormente será una de las características de la sociedad victoriana.

Rastrear el desarrollo de las relaciones entre hombres y mujeres entre 1790 y 1850, cuando estas últimas pasaron a ser el género domesticado al perder la preeminencia económica que hasta entonces habían mantenido dentro de la familia.

Ahora bien, las autoras plantean como hipótesis que sexo y clase operan juntos, y que la conciencia de clase adopta también una forma sexual, aunque la articulación de ambos nunca sea perfecta (p. 9); por ello analizan la trascendencia que la división sexual del trabajo adquiere en el seno de la familia y la importancia que tiene para el desarrollo de la economía capitalista. Asimismo, afir-

man que toda identidad es sexual y que la organización de la diferencia sexual es el eje de la sociedad. De ahí que “masculinidad” y “feminidad” sean los productos concretos de un tiempo y un espacio históricos y constituyan categorías que se forjan, se discuten, se recrean y se reafirman continuamente a lo largo de un proceso en el que siempre hay lugar para el cambio y la negociación.

El libro está dividido en tres grandes apartados: el primero, dedicado a “religión e ideología”, les permite examinar la aparición e implantación del movimiento reformista surgido en el seno de la Iglesia anglicana como una reacción de la clase media frente a los desmanes de la aristocracia. Doctrinas tales como la evangélica, la unitaria, la puritana, la metodista, la bautista, etc., proponen un modelo de familia y de relaciones entre los individuos encaminado a transformar las costumbres y la moral a través de reglas de conducta muy estrictas, capaces de ofrecer una identidad de grupo a la que podían asirse en momentos de cambios sociales acelerados. A las mujeres, además, les ofrecía una igualdad espiritual ante los ojos del Creador. En el ámbito privado, en el hogar, los hombres pudieron consagrarse de lleno a la religión sin descuidar su vida pública, en tanto que para las mujeres éste se convirtió en el espacio de las responsabilidades, que compartían y mantenían con los deberes religiosos dentro de la familia.

Un aspecto a resaltar es la manera en que estas comunidades de individuos de ambos sexos se relacionaron social y económicamente con otros del mismo credo a fin de engrandecer

da. La revolución francesa y el asentamiento de la sociedad burguesa, Taurus, Madrid, 1989, t. 7, pp. 53-93.

sus fortunas y negocios. La adscripción a una doctrina y su práctica, les permitió no sólo acumular bienes, sino establecer redes económicas y políticas a lo largo y ancho del país. La religión era vivida de distinta forma por los hombres que por las mujeres, ya que la práctica religiosa relegó a éstas al ámbito privado, en tanto que los hombres adquirieron el liderazgo eclesiástico.

En tanto que los clérigos evangélicos se encargaban de elaborar la doctrina de la “hombria”, según los dictados del cristianismo, para mantener y dirigir la casa y la familia, las mujeres quedaban como dependientes, y su papel se restringía a ser madres y cónyuges piadosos cuyo escenario de acción e influencia se limitó al hogar. Asimismo, su sexualidad se contuvo y domesticó. Estas prescripciones se difundieron a partir de la interpretación de pasajes de la Biblia y en libros escritos con ese fin. Los pensadores cristianos fueron construyendo una visión femenina que se acoplaba a las discusiones que se daban en la Iglesia y en la sociedad; con ello lograron expulsar a las mujeres del ámbito público donde habían compartido con los hombres las labores no sólo familiares sino económicas en igualdad de condiciones.

Por tanto, se fue estructurando una división del trabajo por sexo en los hogares religiosos a partir de la separación de los hombres y las mujeres en dos esferas distintas. Si bien entre 1790 y 1820 no hubo una rígida separación entre trabajo y hogar, en las décadas de 1830 y 1840, el lenguaje fue haciéndose más secular, y la teoría de las esferas separadas y complementarias

del hombre y la mujer se transformó en el sentido común de la clase media británica (p. 104). La literatura dirigida a las mujeres contribuyó a que la nueva forma de vida dicotómica se implantara no sólo como una práctica, sino en la mentalidad de aquellas que eran las depositarias de estas lecturas.

La segunda parte del libro ahonda en las características que asumieron estas prácticas. Se analizan la “estructura económica y las oportunidades” que la clase media tuvo para llegar a triunfar y cómo, una vez que los hombres alcanzaron una profesión lucrativa, separaron el hogar del negocio; fue entonces cuando las mujeres fueron utilizadas como mercancía de intercambio por las propiedades y por el manejo de la herencia por el marido, al tiempo que quedaban más alejadas de las actividades laborales y de participar en los negocios.

Davidoff y Hall explican cómo influyó el cambio de residencia, del centro de la población a los suburbios, en la separación de las esferas y en la del trabajo por sexos; se aisló el domicilio conyugal del lugar de trabajo del marido.

La separación del negocio, de cualquier contacto con la casa, fue la expresión potencial del cambio, ya que trasladaron el mundo femenino lo más lejos posible del mercado activo (p. 207).

Pero no sólo el cambio de residencia tuvo un efecto negativo para las mujeres; en el caso de las solteras o las viudas, la modernización comercial las empujó fuera de los canales del comercio formal y tuvieron que em-

plearse en actividades informales: en tiendas de comercio al por menor en ciudades pequeñas, en la confección de prendas de vestir o en el servicio de comidas y la enseñanza.

En definitiva, el difícil acceso femenino a los medios de transporte, y el miedo a que la frecuentación de los lugares públicos, sobre todo cuando iba sola, dañara su reputación, fueron cortapisas para la actividad comercial de las mujeres (p. 213).

“La vida cotidiana: el género en acción”. En este tercer y último capítulo condensan todo lo tratado anteriormente a fin de examinar las categorías que la clase media creó para construir un universo propio en el que se combinaron las actividades productivas con una reinterpretación religiosa, y en donde la división entre mundo público y mundo privado se fijó no sólo en la mente sino en el espacio físico, y cómo estos ámbitos se fueron identificando con los géneros. Así, la casa de la clase media se convirtió en el refu-

gio de las mujeres, donde conformaron un estilo de vida acorde con lo que se les exigía: cocinar, cuidar y apartarse del mundo de los hombres.

Nos introducen, además, en la descripción minuciosa de cada uno de los miembros de la familia, y analizan qué papel se les atribuía. Vemos desfilar a padres, madres, hijos pequeños y adolescentes, primos, primas, tíos, abuelos y criadas, cada uno interpretando un papel en una representación encabezada por las mujeres, encargadas de organizar y darle concierto a esa unidad doméstica en la que el que mandaba y emitía la última palabra era el jefe de familia, el hombre.

El orden moral que la clase media inglesa ejerció sobre las mujeres derivó en el establecimiento de papeles diferenciados entre los géneros y se instauró firmemente en la mentalidad social de la época, al grado que todavía seguimos siendo herederas de esta concepción.

Ana Lau
INSTITUTO MORA